

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

Libros argentinos.

•Al historiador le exijo imparcialidad y exactitud, al novelista elegancia y corrección.»

Jamás he abierto un libro, un papel impreso cualquiera, que no me hiciera reflexionar, ó por el fondo, ó por la forma, ó por su insignificancia, ó por su trascendencia. Un diario de mi tierra lo abro siempre con cierta intranquilidad; un libro de esos que llaman criollos lo recibo como un verdadero regalo. No me es posible, aun pensando que será mediocre, dejar de leerlo con atención sostenida, lápiz en mano, para acotar al margen lo lindo ó lo feo, los neologismos ó los barbarismos, doblando, marcando, estropeando las páginas.

Los diarios, las revistas, los libros de este lado del charco, como decían nuestros abuelos los españoles de España, esos los recibo, los recorro, los leo con curiosidad, pero sin emoción. ¿Por qué? Paréceme que decirlo sería poner en duda que hay una pasión intensa que se llama patriotismo. Si ella no me entendiére, tanto peor para el lector, sobre todo de ahí, que es el único que me leerá.

¿Se lee tan poco en español en donde escribo! ¿Qué digo? En las librerías no se hallan libros españoles, aunque los impriman, para exportarlos, las grandes casas editoras de Lipsia. Hay que encargarlos. Un diario ó revista en español, ni para remedio se hallaría en Berlín.

En cuanto á los libros, revistas ó diarios argentinos y sus autores, son completamente desconocidos. Los mismos hombres ilustrados, y hasta sabios, confunden á Chile con Bolivia, á la Argentina con el Brasil, á Méjico con Guatemala. ¿Para qué seguir?

*
* *

Dos libros del Río de la Plata (Buenos Aires) he recibido últimamente, con dedicatorias que me obligan: el *Baedeker argentino*, en extremo útil, bien concebido y coordinado, que nos hará un gran bien; pero al que tengo que observarle que la parte ilustrada es, hablando sin rodeos, deficiente, y que esa clase de *vademecum* no requiere ser exornada sino con uno que otro planito geográfico ó topográfico.

Es su autor D. Alberto B. Martínez, actual Subsecretario de Hacienda, cuyos trabajos estadísticos lo han consagrado ya como uno de los hombres más estimados en la esfera del pensamiento y de las labores fecundas de su tierra.

*
*
*

Aunque de tinte y ambiente locales, el otro tiene por título *Montaraz*, título que no puede ser más castizo.

Bello ha escrito este verso:

De las tupidas plantas *montaraces*,

Y me apresuro á decir que lo de «castizo» lo hago constar intencionadamente, puesto que más adelante tendré que ocuparme, siquiera someramente, en tildar ó tachar algunas voces malsonantes (para mí al menos), neologismos inadmisibles para el gramático más tolerante, ante la invasión cuasi avasalladora de los modismos coloniales, así en la lengua de Cervantes como en la de Shakespeare, ó en la moderna de Valera y Thackeray, invasión que á los platenses les hace decir *nimio* por *mínimo*, *sendos* por *grandes*, *rol* por *papel*, etc., etc., y á los yanquis, entre otros, *builded* por *built*.

De esta manera la bella lengua española, difundida en dos hemisferios, pasa por un momento histórico parecido al de la baja latinidad.

Podría agregarse que se repite aquel que precedió al gongorismo, y hasta añadirse, parafraseando al P. Mir y Noguerras, que anda á caza de conceptos, más para captar admiraciones populares que para mirar la claridad del pensamiento. O, en otros términos, que el arte del estilo se desvía de su primitiva gravedad, corriendo tras lo vicioso y lo lozano, lo cual no implica que algunos de los culteranos no sean hombres de talento y de peregrina imaginación, ó, como diría Quevedo, que no le llaman coche al coche, ni tampoco implica, para decirlo todo de una vez, que la lengua, riquísima ya como ninguna, no aumente paulatinamente el caudal de sus vocablos.

*
*
*

Montaraz está lleno de interés, rebosando de exuberancia. Son cuadros, mejor dicho, instantáneas iluminadas, del terruño viejo dentro del gran escenario agreste de la belicosa provincia de Entre Ríos, vasto pedazo de lo que se ha llamado la Mesopotamia Argentina.

Los protagonistas principales, alrededor de quienes gira toda la acción dramática, por no decir romántica, ó novelesca, están encarnados, naturalmente, en un hombre y una mujer, que mueren trágicamente.

Todo ello habría podido referirse en una sola instantánea. Pero el autor, D. Martiniano Leguizamón, ha querido lucir sus galas de escritor abundoso, y en vez de unas pocas páginas, nos da un volumen nutrido.

Hay que felicitarle.

La República Argentina es un país de periodistas hábiles, escaso de revistas, de libros, sin duda porque lo agitado de su existencia, á lo yanqui, no dando tregua al trabajo, en lucha por la vida, impide que la generalidad de los hombres de pensamiento se resuelva á acometer obras de largo aliento.

Por otra parte, la avalancha de libros baratos, en francés, es considerable; y, me atreveré a decirlo: el ambiente nacional no es estimulante para los principiantes.

Montaraz se presenta patrocinado por otro escritor ya hecho, de cualidades sobresalientes: D. Roberto J. Payró. Tengo, pues, que habérmelas con él antes de entrar en coloquio con el autor. Pero para proseguir en conciencia, haré algo así como una profesión de fe literaria: aunque no alardeo de *cruscantismo*, he de ver probablemente con más facilidad la paja en el ojo ajeno que la viga en el propio.

*
*
*

Yo no admito en materia gramatical ciertas licencias; ni en materia de idioma, más incorporaciones á la lengua madre que aquellas que la pueden enriquecer, aclararla, ó hacerla más precisa. Acepto así el verbo *presupuestar* por *presuponer*, como verbo concreto para expresar este solo concepto: presupuestar gastos. De donde resulta: presupuesto de hacienda, etc. Y dejo presuponer para cuando establezco de antemano la cosa A B ó C, en cualquier otro orden de ideas. Admito asimismo, siendo lógico, que si antes del descubrimiento de América no había en español la palabra *charabón*, que por allá la usemos, y que se incorpore á la lengua madre, significando lo que para los americanos: los polluelos del avestruz, llamado *handu* en guaraní.

*
*
*

No se puede decir que en un libro, por mal hecho que esté, no hay arte. Mr. Jourdain podía hacer prosa sin saberlo. Pero Molière, por más natural, familiar y espontáneo que sea su estilo, hacia arte, y arte eximio, poniendo en labios de Mr. Jourdain las patochadas que conocemos.

Decir, pues, de Sarmiento, refiriendo e al *Facundo*, que se cita como ejemplo (á sus congéneres se les calla creyendo el Sr. Payró que *ab uno dice omne*), decir, pues, repito, que ha escrito sin arte, lo que tanto vale como á la de Dios que es grande, no es elogiarlo. Al contrario. Por otra parte, es un aforismo admitido entre gente de oficio, escritores, con más ó menos talento de percepción ó invención, que los libros se hacen con libros.

Hay hasta un diccionario de la rima y todavía otro analógico que á tantos sacan de apuros. Nadie ha nacido con ciencia ó arte infuso. El mismo *payador* (cantor popular en la República Argentina) ha tenido antecesores. Imitar es buscar la perfección. El *quid* está en el tacto para elegir el modelo.

Por consiguiente, D. Martiniano Leguizamón desciende de al-

guien, y esto no le quita mérito á su *Montaraz*. ¿A quién ha imitado? Es raro un escritor que no imite.

D'Anunzio, para no mentar sino á uno que está á la moda, huele en la forma y hasta en el fondo de algunos de sus pensamientos, de su filosofía, á Maurice Maeterlinck.

Por lo que toca á su padrino, también él debe tener antepasados, y puedo, repitiéndome, rendirle franco homenaje, como lo hago, al reconocerle cualidades relevantes de escritor; sin por eso estar conforme con algunos de sus modos de decir, ó empleo de términos, como, verbigracia, *sin preconcepción alguno*. Admitiría *preconcepción*. De todas maneras sería un galicismo. No tiene la lengua española verbo *preconcebir*, ni sustantivo *preconcepción*, ni *preconcepto*.

No hay remedio, es menester hacer algo así como un circunloquio (para lo cual servirían entonces), ó decir: sin concepto, sin concepción, ó sin idea anterior. Tampoco me parece correcto: «esculpir en el propio marco de la naturaleza». No, en el cuadro debe decirse. Es más propio.

*
* *

Volviendo ahora á *Montaraz*, el cual contribuirá á que no perezca el recuerdo de «la belleza de esos tipos de una raza que desaparece, invadida y suplantada por la inmigración»—como dice Payró, raza que, según mi criterio científico, no difiere, empero, mucho que digamos, psicológicamente, de los invasores incultos que la suplantán;— volviendo á *Montaraz*, repito, tengo que detenerme á censurar, no la jerga *gauchesca*, inevitable, teniendo en cuenta la índole del libro, sino ciertas expresiones inadecuadas cuando es el autor mismo quien habla.

Ellas no amenguan ciertamente el talento genial del escritor; pero son como lunares inexplicables en la obra de un pintor de paleta tan rica y vigorosa.

Algunas de sus descripciones son de mano maestra y vivirán; son medallones artísticos de primorosa ejecución.

Mas ha de permitirme el Sr. Leguizamón que le haga notar que á veces dice lo contrario de lo que quiere.

Por ejemplo: «Todo estaba *calmo*, todo callaba: los árboles, las maciegas, las aves, hasta el agua corría perezosa como dormida...»

«*Calmo*» es un italianismo. En español se dice *en calma*; no hay efugio posible, porque *calmo* significa *erial*, y el autor no ha podido pretender que estuviera árido lo que tenía árboles, agua, etc.

En otra parte: «Y contagiado por la *bullosa* alegría, etc., etc.» «*Bullosa*» no es español, sino *bullicioso*.

No me suena bien: «las rejas de una ventana poblada de suspiros...»

«El campo abierto, la vida feliz y sin trabas del *vagabundaje*...» Hay aquí un galicismo. Ha debido decir del *vagabundear*. Los infinitivos en español hacen oficios de nombre de acción,

«... recuerdo tenaz de los dolores *inextirpables*!» No se dice en

español, ni en francés tampoco. Es un italianismo, *inextirpabile*. Y como extirpable se refiere á cosa física, á lo que se puede arrancar de cuajo, aunque el genio de la lengua permita la licencia, mejor habría sido decir *inextinguible*, *impercedero*.

Haciendo hablar á un aldeano, se puede decir *ramada*; pero cuando el autor describe, tiene que decir *enramada*.

Es un vicio americano también decir *diceres*, por *decires*, como es una incorrección gramatical decir: «... las boleadoras de un tape (indio de cierta región argentina) se envolvieron á las patas del lobuno...»; *en las* debe decirse.

«Ijadeos broncos, rabiosos, rugientes, dilataban el pecho, etc.»; tampoco es español, aunque haya *ijada* é *ijadear*.

Se tiene entonces que decir en este caso el *ijadear* bronco, rabioso, rugiente, etc., etc.

¿Para qué seguir expurgando?

In cauda venenum, dice el viejo adagio latino. Yo haré al contrario; y termino afirmando altamente que, puliendo y castigando su gramática y su filología, tiene que llegar á ser un gran escritor el que posee el don de describir de aquesta manera magistral:

«En lo más alto de la barranca una garza solitaria, inmóvil, como petrificada mirando la corriente, parecía dormir. Más allá, una ave enlutada se oculta entre los juncales al sentir las pisadas de un casal de carpinchos, que avanzan retozando sobre el blanco arenal. El ave medrosa lanza de improviso un grito quejumbroso, y en el ambiente tranquilo de la tarde se extingue lentamente la voz angustiada del carohu, que llama en vano á la compañera que nunca volverá...»

Como ésta hay en *Montaras* muchas y selectas páginas que podían figurar sin desdoro en el florilegio más esmerado y escogido. Entre ellas el boceto de Ramírez. ¿Por qué no haría Leguizamón el retrato completo hasta el día en que el formidable caudillo argentino muere valerosamente por salvar á su amada? ¿Qué plasmó más típico?

LUCIO V. MANSILLA.

Berlin 30 Septiembre 1900.

Erratas.

En el trabajo que con el epígrafe *Consideraciones sobre las recientes reformas en Filosofía y Letras*, y firmado por E. H. del Villar, apareció en el núm. 594 de la REVISTA, se han observado algunas erratas que nos apresuramos á rectificar:

Página 349, línea 37. Dice: *sobresaliendo la literatura más profunda*. Debe decir: *sobresaliendo la literatura y las artes; y luego la razón, haciéndose la literatura más profunda*.

Página 359, línea 30. Dice: *á la adaptación, al medio y á la relación*. Debe decir: *á la adaptación al medio y á la selección*.

Página 362, línea 31. Dice: *genitivo*. Debe decir: *sensitivo*.